

HISTORIA DE LAS EESAs

La historia del nacimiento y desarrollo de las Escuelas de Evangelización camina en el mismo carril de mi conversión, que la puedo dividir en tres etapas:

1ª Conversión: De justo a hijo que evangeliza (1971)

Ya casi terminaba el año 1971. Mi vida espiritual estaba satisfecha, creyendo que la vida en abundancia estaba reservada para la otra vida. En realidad no esperaba mucho porque creía tener lo que era posible en este mundo.

Estudiaba filosofía en el seminario de los Misioneros del Espíritu Santo y mi vida, protegida por la institución, caminaba dentro de los márgenes de la moral y la piedad. Había tratado de ser buen religioso, cumpliendo las reglas, aunque ciertamente mi vida espiritual estaba más regida por la ley que por el Espíritu Santo.

Me sentía bueno, y no necesitado de salvación. Es más, pensaba que la salvación era para los grandes pecadores, y yo, ciertamente, no me consideraba uno de ellos. No cometía pecados escandalosos, pero dentro de mí anidaba el peor de todos los pecados, el fariseísmo. Siempre había tratado de agradar a Dios para ganar su favor y para que no me castigara. Había que ser bueno para ser tomado en cuenta por Él.

A finales de noviembre de ese año llegó un extraño grupo al Centro de Espiritualidad “El Altillo”, donde yo vivía. Cantaban alzando las manos y hablaban con Dios de tal forma que parecía que miraban al Invisible. Me llamó la atención, pero todos esos signos externos me parecían extraños a mi espiritualidad más rígida y formal, que yo consideraba más seria y profunda. Sin embargo, algo me llamaba la atención, su alegría desbordante. Ellos me parecían locos, pero contentos; yo no estaba loco pero no tenía esa alegría. Además, explicaban la Palabra de Dios con una sencillez que tocaba el corazón. Yo era profesor de Biblia y lo que me interesaba era tocar el entendimiento de mis alumnos pero aquella gente sencilla, sin formación bíblica, lograba traspasar los corazones, y también el mío estaba siendo cautivado.

Esa noche yo estaba sentado en la primera fila, el predicador me miró a los ojos y dijo: *“No tienes que ser bueno para que Dios te ame, Él te ama porque Él es bueno. Te ama con amor incondicional”*. Esto rompió la última barrera que existía en mí y cuando preguntaron quién quería recibir el Bautismo en el Espíritu Santo, yo levanté tímidamente la mano. Se acercaron dos americanos que oraron en Inglés y yo comencé automáticamente a llorar, ante una Presencia sobrecogedora de Dios, mientras repetía una y otra vez: *“Señor, yo no puedo, pero tú sí puedes”*. Yo le quería decir a ese Dios lleno de misterio que con todos mis esfuerzos, estudios y sacrificios, yo no había podido alcanzarlo y llegar hasta Él, que yo no lo había logrado, pero que Él sí podía llegar a mí. Él sí podía alcanzarme.

En aquel momento, recibí la Efusión del Espíritu Santo que transformó mi vida. Era mi primera conversión, el Señor me había convertido de fariseo a hijo. La conversión más difícil no es la de pecador a justo, sino de justo a hijo. Y si Dios lo pudo hacer en mí, lo puede hacer en cualquiera.

Allí descubrí mi vocación y mi misión. Dios me llamaba a evangelizar como laico en su Iglesia.

Así, a los pocos meses comencé a evangelizar. El Espíritu Santo me había convertido en testigo e iba a diferentes grupos de la ciudad de México, para dar enseñanzas de la Biblia, ya que tenía buena formación bíblica.

2ª Conversión: De evangelizador a formador de evangelizadores (1980)

El trabajo evangelizador crecía cada vez más, por lo que decidí abandonar mi cátedra en el Instituto de Sagrada Escritura y dedicarme a tiempo completo a la predicación, visitando diferentes ciudades del país. Así comencé también a trabajar en casi toda América Latina y los Estados Unidos.

Se acercaba la cuaresma de 1980 y yo estaba un poco cansado, por lo que decidí que tomaría Semana Santa de descanso con mi familia. Pero apenas había arreglado todo para irme de vacaciones, cuando llegó la primera invitación: *“¿Puedes venir a nuestro grupo para explicar las siete palabras de la cruz?”* De otra ciudad me pidieron: *“Necesitamos que nos explique el misterio pascual de Cristo en la Semana Santa”*. Así se fueron sucediendo las invitaciones, todas ellas negadas por mí, hasta que fueron siete.

Entonces oré al Señor y le dije: *“No te entiendo. Tú sabes que tengo un plan que ya no puedo cambiar. ¿Por qué me han pedido predicaciones en siete lugares si no puedo?”* Nunca antes ni después me ha sucedido que coincidan más de dos solicitudes, pero en aquella semana eran demasiadas. Yo escuché con claridad y seguridad una voz interior que no entendí: *“Pero tú sí puedes ir a los siete lugares que te han pedido”*.

“Es imposible”, respondí en voz alta. No se puede ir a siete lugares al mismo tiempo.

“Sí se puede”, respondió la misma voz inconfundible.

Yo me quedé pensando cómo podría ir a siete lugares al mismo tiempo... el reto parecía ilógico, pero también fascinante.

En ese tiempo comenzó a volar por mi imaginación el proyecto de hacer algún Curso para formar apóstoles de la Palabra. Yo tenía cierta formación doctrinal, la gente lo necesitaba y no existía ningún sistema de formación de líderes y predicadores de la Palabra. Comenté tímidamente mi idea con un gran amigo, un Pastor Pentecostal, William Finke, que me dijo:

- *Eso es muy peligroso, pues puede cambiar la vida de la Iglesia.*
- *Creo que Dios me lo está pidiendo, pero no tengo la menor idea de cómo hacerlo; no tengo experiencia.*
- *Yo te ayudo*, - me ofreció desinteresadamente.

Establecimos sólo algunos acuerdos. La Escuela sería católica para católicos. Yo impartiría la parte doctrinal y él la parte práctica. Entonces debíamos pedir el permiso a las autoridades católicas, lo cual parecía un Mar Rojo insalvable, pero para mí no había otro camino. Subimos en la avioneta de mi amigo para llevar al Obispo responsable de dar este permiso. Cuando volábamos sobre las nubes Bill le ofreció: *“Monseñor, ¿quiere manejar la avioneta?”*

- *Sí*, - respondió el Obispo, mientras yo comencé a rezar con gran devoción.
- *Este es el altímetro, debe tener cuidado siempre con él*, - le señalaba mi amigo.
- *Sí*, - respondió el Obispo.
- *Esta es la brújula que le indica a dónde tiene que ir.*
- *Sí*, - respondió el Obispo.
- *Esto marca la gasolina que usted todavía tiene*, - dijo más rápidamente.
- *Sí*, - respondió el Obispo.
- *Aquí le indica la inclinación de la avioneta.*
- *Sí*, - respondió el Obispo.
- *Esta palanca sirve para acelerar.*
- *Sí*, - respondió el Obispo.

- ¿Nos permite hacer una Escuela de Evangelización?
- Sí, - respondió el Obispo, y comenzamos a descender para aterrizar.

No fue fácil, pero sí emocionante. No hay nada más emocionante que atreverse a caminar sobre las aguas, sin ninguna seguridad humana. Es maravilloso darse cuenta de que el Señor no abre las aguas del Mar Rojo para que caminemos sino que cuando nos decidimos, es cuando las aguas comienzan a retroceder. Y así fue. Se fueron superando las dificultades de todo tipo, sobre todo de la gente buena y piadosa que se oponía a este Proyecto.

En el verano de 1980 comenzamos el primer Curso en una vieja casa, pobre y llena de alacranes. Había lugar para 44 personas y llegaron 42 participantes, entre ellos, dos sacerdotes. El Curso duró un mes y gracias a la experiencia de Bill Finke pudimos aprender a evangelizar. Así nació la primera Escuela de Evangelización, llamada “Escuela de apóstoles”.

Ya se había dado mi segunda conversión: Ya no sólo evangelizaba, sino que formaba evangelizadores. Yo estaba aprendiendo que el trabajo se hace en equipo o no se puede realizar. No era obra de un solo hombre, sino de varias personas. Poco a poco se fueron añadiendo otras personas.

3ª Conversión: De formador de evangelizadores a formador de formadores (1990)

Me integré al Proyecto ‘*Evangelización 2000*’, con la Dirección latinoamericana. Desde un principio pensé que no podría haber Nueva Evangelización sin nuevos evangelizadores, pero que a éstos había que formarlos. ¿Quién lo haría?

Se comenzaron a multiplicar las Escuelas de Evangelización y había que darles seguimiento y alimento. Entonces mi visión se amplió. Tenía que dedicarme a formar a los formadores de las Escuelas.

Comencé a darme cuenta que lo más indispensable para realizar este trabajo era la visión, la cual se aterrizaba en la acción. Sin embargo, bien pronto percibí que era la acción la que agrandaba la visión. A medida que la visión crecía, la acción se profundizaba. Y viceversa, a medida que la acción se realizaba, nuestra visión crecía.

Así, en 1994 el granito de mostaza había crecido y se transforma en el árbol de “Escuela San Andrés”, llamada así porque busca ‘Pedros’ que sigan, sirvan, prediquen y amen al Señor Jesús más y mejor que nosotros mismos.

Ahora existen más de 2000 escuelas de evangelización en más de 60 países, que están formando nuevos evangelizadores para la Nueva Evangelización.

Así, he llegado a la conclusión de que sí se puede evangelizar en “siete lugares al mismo tiempo”... Si formamos evangelizadores.

Nuestro sueño: Una escuela de evangelización en cada parroquia de la Iglesia Católica.

José H. Prado Flores.